

# EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA,

consagrada á la

VÍRGEN MARÍA MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 788

Alicante 16 de Enero de 1886.

Año XVII.

## COMENTARIO Á LA ENCICLICA

«IMMORTALE DEI.»

II.

(Continuacion.)

No sólo las ideas que están en nuestra mente son imágenes de las ideas arquetipas, sino también la luz de nuestra razón, creada por Dios en nosotros, es imagen de aquella luz del entendimiento divino, con la cual Dios juzga de todas las cosas, que se hallan como en ejemplar, en las ideas divinas. Pero los juicios que naturalmente resultan del conocimiento de las cosas, obtenido por medio de las ideas adquiridas, son juicios conformes á los juicios divinos, que son los principios de eterna verdad. Cuando nosotros afirmamos lo falso ó negamos lo verdadero, la voluntad es la que empuja al entendimiento á afirmar ó negar, sin que

este sea arrastrada por la evidencia de la verdad, vista en la luz de la razón. Usemos de un similitud que aclare el concepto. Supongamos que el ojo de un niño sea semejante al ojo de un hombre adulto, y que la luz con que el niño ve sea semejante á aquella con que ve el adulto. Podrá, sí, verdaderamente el uno ver *menos* que el otro. Pero jamás de un modo contrario, ni ver cosas contrarias. Que si el niño dijera no ver blanco un objeto que el hombre ve blanco, sería necesario decir que inconsideradamente ó por voluntad culpable afirma ver lo que realmente no ve, ó niega ver lo que de hecho ve. Así como el ojo, el entendimiento es potencia determinada necesariamente por su objeto, y así como aquel no puede percibir sino aquello que se le presenta, así este no puede conocer si no lo que de inteligible se le ofrece. Su flaqueza puede dar ocasión á error; más él *por sí* no

puede ser causa de error; y precisamente porque de hecho puede proferir un falso juicio y error, por esto debe llamarse falible.

Dado este razonamiento, cada uno puede ver que de la consideración de las criaturas podemos conocer como piensa, por decirlo así, Dios, y cuál sea su voluntad. Dios habla, en el orden natural, por medio de las criaturas; y la voz de la criatura, inteligible para el hombre y no sensible para los brutos, es la voz de Dios. Esto sentado discurremos así.

Nosotros vemos que así como una campana ha sido hecha para sonar; un par de guantes han sido hechos para cubrir las manos; un reloj para indicar la hora, y que ésta era la voluntad de los artífices que fabricaron estas cosas, por modo que justamente llamamos estúpidos á ciertos sabios ignorantes de nuestros días que niegan las causas finales; igualmente decimos que el hombre nace para vivir; que está configurado de cierto modo para chupar la leche de los pechos maternos, y que estos han sido formados para fabricarla, que por tanto ha sido hecho para nutrirse de alimento sólido para crecer y reproducirse, y además que ha sido ordenado para hablar y perfeccionarse en el entendimiento y en la voluntad, como todo ser viviente ha sido ordenado á la perfección que le es debida.

Pero todas estas bellas cosas no se pueden tener fuera de la sociedad como afirma Leon XIII en su Enciclica, y como lo han enseñado todos los filósofos. En efecto, abandonado el niño á sí mismo, no sólo durante el tiempo en que debe tomar la vida del seno materno, sino por muchos años, perecería indudablemente. La lengua es hereditaria, y el hombre no viviendo en sociedad no hablaría, ya que la palabra dice relación á otros, haciéndose por su medio manifiestos á los demás nuestros propios conceptos y deseos. Mas el nexo entre la palabra, que es signo, y la cosa concebida en la mente, es arbitrario y no natural; así que la palabra v. g. *fuego* pudo haber significado *agua* ó *piedra*, y la palabra *agua* hubiera podido significar *hombre*; pues de humano arbitrio es el que cada palabra haga relación á la cosa significada por ella. Porque antes de hablar con otro de modo de hacerse entender, es menester que el otro conozca á qué cosa concebida corresponda esta palabra ó la otra. Esta es la razón del hecho de que el lenguaje se aprenda en la sociedad, y no se invente jamás por un hombre del todo solitario.

Y no decimos aquí nosotros que si el hombre no tiene lenguaje, esté sin ningún uso de la razón; pero está bien probado que sin el habla ó sin el uso de otros signos, que de algún modo suplan á las palabras, el

uso de la razón queda retardado y en gran manera impedido; y no aparece el crecimiento de aquella perfección intelectual y moral que es propia del hombre y es en él principalísima.

Por estas y otras muchas razones se dice que la naturaleza ha ordenado al hombre para la sociedad. Mas todo el que no se haya dado á embrollar su propio entendimiento, sabe bien que esta palabra *naturaleza* ó es un vano sonido ó con ella se quiere significar aquí á solo Dios. Así cuando se dice que el arte ha enriquecido de bellísimos monumentos las salas del Vaticano, si alguien quisiera excluir á los artífices, la palabra arte es vana, y el que la profiriera sería un tonto. El arte del hombre es la imitación, y la naturaleza es el arte de Dios. Y así como el artífice humano pintando un lienzo ó esculpiendo un mármol produce una imitación de las ideas que están en su mente, y que ha sacado de la contemplación de la naturaleza, así Dios, dando el sér á todas las cosas, produce imágenes de la eterna é infinita idea que es El mismo.

Así mismo es cierto que Dios, como autor de la naturaleza, quiere que el hombre exista en sociedad, y porque cuando Dios quiere eficazmente un fin, da también al ser ordenado á este fin una tendencia que le mueve á buscarlo, es consecuencia de esto que todos los hombres

pasados se hayan unido en sociedad, y se unirán los venideros. Se da ciertamente el hecho de encontrarse sociedades salvajes y bárbaras; pero hombres que á semejanza de las fieras de los bosques, se hallen del todo fuera del consorcio de sus semejantes y tiendan á la reproducción sin ninguna estable convivencia, nosotros no los encontramos. Sentado este punto, sigamos adelante.

Y cómo puede Dios querer la sociedad sin querer juntamente lo que es esencial á la misma? Imposible! Pues entendemos que sociedad es unión de muchos individuos, ordenados á unir juntamente sus fuerzas para conseguir un fin común á todos; y de la diversidad del fin deriva la diversidad de las varias sociedades. En toda sociedad es necesario el orden; y con razón es indispensable para obrar en la sociedad doméstica y en la civil, que es querida por Dios y natural al hombre. Este orden es un efecto que necesariamente supone una causa proporcionada, esto es la causa ordenadora; y ésta es precisamente la llamada principio de autoridad ó simplemente autoridad. Por lo cual es cierto que Dios quiere la autoridad; y por esto dice el Papa Leon: *la cual autoridad, como la misma sociedad, surge y emana de la naturaleza y por tanto del mismo Dios, uniendo sabiamente la autoridad con la*

sociedad, pues que en tanto la autoridad es querida de Dios en cuanto es querida la sociedad; siendo ésta el antecedente y aquella el consiguiente con él esencialmente ligado.

(Se continuará.)

## LA ALMOHADITA DEL NIÑO JESÚS.

### II.

(Continuación.)

Alvarito se incorporó de un salto, abriendo los ojos asombrado.

— ¡Noche-Buena!... ¡Noche-Buena! — exclamó fuera de sí cruzando las manitas; y ligero como un pájaro saltó de la cama, atravesó corriendo la alcoba, y fué á caer de rodillas ante el nacimiento, con las manitas cruzadas sobre el pecho é inclinada la cabecita... ¿Qué pasaría entonces por el alma de aquel niño afortunado? ¿Creería que se hallaba realmente en los cielos, oyendo cantar el *Gloria in excelsis*? ¿Vería quizá, en efecto, al Niño-Jesús, que sonriendo le tendía la mano? Es lo cierto que cuando su madre acudió á envolverle en una gran capa de pieles, el niño se resistía á abandonar su actitud estática; y cuando su padre le levantó en brazos besándole con delirio, gruesas lágrimas se desprendían de sus puros ojos azules, y lle-

vándose una manita al corazón que le latía apresurado, exclamaba fuera de sí:

— ¡Ay! ¡ay!... ¡déjame! ¡déjame!... ¡que yo seré siempre bueno... y no le sacaré á Miss Folck la lengua!...

Pasados aquellos primeros transportes de sorpresa y santo júbilo, la Marquesa se sentó al pié del Nacimiento, para vestir al huérfano en memoria del Niño Divino: uno le traía el agua tibia y perfumada; otro le presentaba los pañales zahumados con romero y alhucema; aquel quería colgarle él mismo en las fajitas el *brevetín* bordado de lentejuelas que encerraba los evangelios, y cuando, ya vestido el pobre huérfano, fué Miss Folck á mullirle la almohadita de la cuna de caoba que también le regalaba la Marquesa, Alvarito se la arrancó violentamente de las manos, gritando:

— ¡Nó!... ¡esa nó!... ¡La mía! ¡la mía!...

Y corriendo hácia su cama trajo su almohadita de tafetan rosa con funda de finísima holanda, y la colocó él mismo bajo la cabeza del huérfano.

A la mañana siguiente recogió la Marquesa aquella almohada como quien recoge una reliquia, y adornándola con encages de grandísimo valor, fué á colocarla bajo la cabeza de un hermoso niño-Jesús, digno de Montañés, ó la Roldana, que acostado en un pesebre de plata, ocupaba

el centro del altar de su magnífico oratorio.

### III

Habia pasado un año y vuelto á llegar la Noche-Buena, con esa inalterable regularidad del tiempo, cuyo impasible paso deshoja hoy las alegrías de ayer, y seca mañana las lágrimas de hoy... Muchas se derramaban aquella noche en el palacio de los Marqueses: los criados andaban de un lado á otro tristes é inquietos; numerosas visitas entraban y volvían á salir, por no encontrar en aquellos salones desiertos quien las recibiera, ni atreverse tampoco á penetrar en aquella risueña alcoba de Alvarito, en que se habían entronizado entónces el dolor y la muerte. El niño se hallaba agonizando: su padre, aquel hombre robusto y valiente, de corazón de acero y miembros de hierro, á quien jamás doblegó temor alguno, yacía anonadado, sin movimiento, tendido en un sofá, sin dar otra señal de vida, que estremecimientos nerviosos y sollozos convulsivos. La Marquesa, por el contrario, parecía encontrar fuerzas en la misma inmensidad de su dolor: serena al parecer, enérgica, sin haberse movido en tres días consecutivos del lado de su hijo ni aun para tomar alimento, le oprimía entónces entre sus brazos, envuelto en una manta de borras de

seda, y espiaba sin cesar el rostro cadavérico del niño, que parecía sumido en un letargo, precursor sin duda de la muerte. A su lado estaba la Baronesa Inés, sentada junto á la camita vacía, sobre la cual se hallaban esparcidos multitud de juguetes, con que en vano habían intentado distraer al inocente enfermo. De cuarto en cuarto de hora entraban dos médicos en la estancia, y después de reconocer al niño, se alejaban haciendo tristes augurios.

A las once y media tomó la Baronesa un vaso que contenía una medicina, y se puso de rodillas junto al niño, para hacerle tomar una cucharada que había recetado el médico. Su madre le movió dulcemente.

—¡Alvaro!... ¡Alvarito!—le dijo con tan suave voz que parecía una caricia.

Mas el niño no contestaba ni se movía, y su fatigosa respiración se asemejaba siempre á un quejido continuo. Angustiada la Marquesa acercó sus labios al oído del niño, y repitió en voz más alta y más temblorosa.

—¡Alvaro!... ¡hijo mio!... ¿No me oyes?... ¿Quieres á tu madre?... ¿Me quieres?...

El niño abrió los ojitos y la miró fijamente sin contestar: alzó luego su manita enflaquecida, y acarició con ella aquellas mejillas pálidas por el insomnio, que se inclinaban sobre

su rostro; despues la dejó caer extenuado y volvió á cerrar los ojos.

La Baronesa intentó entónces introducir en su boca la cuchara: mas de tal manera se habian encajado los dientecitos del niño, que fué imposible hacerle tragar aquella medicina, que era ya la ultima esperanza. La Baronesa se echó á llorar, y llamó entónces á los médicos; el más anciano habia salido, y el otro le dijo en voz baja:

—Es inútil: no tadará una hora en llegar la agonía.

De allí á poco sonó una campanada, y luego otra, y despues otra, hasta sonar doce, anunciando que el Niño-Dios bajaba del cielo, á traer paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Un extraño fenómeno se operó entónces en aquella estancia: el Marqués se incorporó pálido como la muerte: su mujer apartó del niño sus ojos extraviados, para tender en torno suyo una mirada medrosa: la Baronesa dió dos ó tres pasos sin direccion fija, mirando á todas partes aterrada... Hubiérase dicho que ALGO que no era de este mundo habia cruzado en aquel momento la alcoba, infundiendo en los presentes ese misterioso terror que pega la lengua al paladar y eriza los cabellos; ese pavor divino que despierta siempre en el alma todo lo que es sobrenatural y milagroso. Una convulsion terrible agitó al mis-

mo tiempo el cuerpecito del niño, y oyósele gritar distintamente.

—¡Me muero!.. ¡Mamá, me muero!... ¡El niño me trae la almohadita!...

La Marquesa se levantó como movida por un resorte, pálida, rígida como un muerto, y exclamó tendiendo el niño á su prima.

—¡Ténlo!

—¿Pero qué haces?—exclamaba aquella espantada.

—¡Ténlo, te digo!—repitió la madre con un acento que no parecia humano; y dejando al niño en brazos de la baronesa, salió rápidamente del cuarto, en el oratorio, cogió aquella almohadita de Alvarito, que un año ántes habia colocado ella misma bajo la cabeza del Niño-Divino, y volviendo apresuradamente á la alcoba, reclinó en ella á su hijo moribundo.

—¡Alvaro! ¡Alvaro!—decia pasando un brazo por el cuello de su marido, y arrodillándose abrazada á él junto á la camita del niño... ¡Si Jesús no lo salva, nos quedamos sin hijo!...

Reinó entónces un silencio que á veces interrumpia un sollozo, y dejaba oír siempre la angustiosa respiracion del niño: poco á poco aquel estertor fuése haciendo ménos fatigoso: una hora despues era solo agitado, y al amanecer, cuando los primeros reflejos del alba iluminaron el rostro del niño, blanco cual

un jazmin cortado á la mañana, era su respiracion la de un sueño tranquilo.

Entónces entró el más anciano de los médicos, y preguntó despues de examinar al niño, si había tomado la medicina. La Baronesa se la mostró con el dedo, intacta en el vaso.

—Pues entonces,—dijo el anciano moviendo la cabeza,—el Niño Jesús es quien le devuelve á V. su hijo.

La Marquesa extendió los brazos, y lo que no había logrado el dolor, lo pudo la alegría: lanzó una especie de gemido y cayó sin conocimiento al pié de la cama de su hijo.

#### IV

Aquella noche de Navidad impresionó tanto á la Baronesa, que jamás volvió á dar en su casa Misas del Gallo. Entreteníase con su prima en preparar la canastilla para el Niño-Jesus, y acudia con todos sus hijos á presenciar y tomar parte en aquella santa costumbre, tan antigua en su familia.

Las revistas de salones lamentaban el eclipse de aquella brillante estrella, y el hogar de sus hijos recobraba el santo calor de su corazón de madre. Mas no por ser madre excelente dejó de ser gran señora, ni necesitó tampoco, para convertirse en perfecta cristiana pasar todo el día rezando en la Iglesia, *envuelta*,

como cierta ilustre dama teme, *en un manto largo, largo, largo...*

*P. Luis Coloma, S. J.*

(Del *Mensajero del Corazon de Jesús.*)

---

## BIBLIOGRAFÍA.

---

### LECTURAS POPULARES.

**Coleccion de Cuentos, Articulos y Diálogos de buen humor originales de D. Adolfo Clavarana.**

Al querer recomendar con toda eficacia el libro cuyo título encabeza estas líneas, creemos que no podemos hacerlo mejor que insertando el prólogo que le precede, escrito por el Sr. Sardá y Salvany.

«Habrán ustedes oido nombrar por ahí, y aun tal vez conocerán de vista y quizá tambien de trato, á cierto periódico semanal, chiquirritito, travieso, enredador, de poca apariencia pero de mucha sustancia, listo, vivaracho, siempre festivo y decidor, aun á propósito de las cosas más serias de este mundo y del de más allá: periódico más amigo de codearse con el pueblo en sus inferiores capas, como se dice ahora, que de hollar crujientes alfombras y lustrosos mármoles palaciegos; periódico de indole vulgar y callejera, aunque de nobles y elevados instintos, que no siempre faltan, antes bien, frecuentemente abundan en los corazones

de la humilde capa social, á que más arriba nos hemos referido. Este periódico... pero ¿á qué multiplicar señas y contraseñas, si dando sencillamente su nombre salimos del paso con mucha mayor facilidad? Llámase, pues, el tal *La Lectura popular*, y es su patria Orihuela, y es su padre quien yo me sé y me callo, que no todo lo hemos de echar por esa boca los parlanchines periodistas, ni todo han de querer saberlo los curiosos que también de eso tienen merecida y añeja reputación, ustedes, señores lectores, como dan fé todos los prólogos, que casi siempre, como el presente, se dirigen al curioso lector.

Es, pues, el caso, que en cuanto hube leído los primeros números del tal periódico, y mucho más cuando llevé recibidos de él algunos meses de suscripción, hubo de antojárseme cierto día en que como hoy amanecí con humor de diálogos, entablar uno con el para mí absolutamente desconocido autor de la publicación referida, en la siguiente forma, extracto de varios dimes y diretes que mediaron al efecto entre los dos:

—Pues, señor: ¿sabe usted que, en efecto, me gusta mucho su periódico, ¿quién de usted?

—Favor que usted me dispensa, caballero.

—No, amigo mío, sino rigurosa justicia. Sobre todo sus articulitos de usted, y aquella sal de Dios con

que sabe usted guisar al gusto del día las cuestiones menos del gusto de él; y aquella su sencillez y familiar y siempre honesta desenvoltura; y aquella vena de popular pero nunca descomedido gracejo; y aquel arte de vestir con plebeya blusa de algodón los más empaquetados conceptos de la filosofía y aun de la señora teología, que es por cierto muy delicada y aristocrática dama, á quien cuesta mucho sacar de sus austeros hábitos y hopalandas; todo eso, digo, y juntamente con ello la más sólida doctrina, la más pura moral, el más acendrado espíritu sobrenatural cristiano, y el más ardiente amor á Nuestro Señor Jesucristo, y á su Iglesia santa, y á los pobres hijos del pueblo, que son las prendas más amadas del corazón de ella y del corazón de Él; todo eso, repito, me tiene encariñado y entusiasmado con esa publicación de usted, que no dudo asegurar es la mejor en su clase que se ha dado á la prensa en España de algunos años á esta parte.

—¡Gracias! amigo mío; y excuse usted tanta ponderación. Vamos á otro asunto.

—Es que precisamente á otro asunto iba yo, para el cual no hice más hasta aquí que preludiar el exordio. Voy con su permiso á darle á usted un consejo, y á pedirle un favor.

—Aceptado el primero y concedido el segundo sin dilación. No tarde usted en despacharse.

—Consejo y favor irán en una sola pieza. Es que dé usted á nuestro pueblo coleccionados estos sus artículos en un libbrejo de pocos reales, como se los ha ido dando hasta hoy sucesivamente en tomas semanales en el periódico. Porque creo, en efecto, que será este el modo de que salgan ellos á hacer por esos mundos de Dios (ó mejor por los de su enemigo el diablo) nueva y más briosa campaña que la que tan felizmente han emprendido y llevado á cabo hasta el día.

—¡Hombre! Aceptado el envite y otorgada la gracia, todo en una pieza como muy al caso ha dicho usted. Pero, á discrecion no me rindo: entremos en pactos y condiciones. Tócale ahora á usted el turno de generosidad.

—Sea á la buena de Dios, y dicte como guste su merced esas condiciones.

—No serán muchas. Una sola y sencillísima, y que pende toda de su buena mano y voluntad; que ambas las tiene usted muy para el caso.

—Usted dirá, y sáqueme luego de pena.

—Nada, amigo mio: que me escriba usted un prólogo ó cosa así para esa coleccioncita que propone, y... á la máquina con todo, y rueden juntos; ó mejor rodemos usted y yo por esos trigos á caza de mandrines embaucadores de la clase

popular. ¿A que no me dice usted que no?

—¡Amigo! Me partió usted con esa salida, que ciertamente no me deja por donde escapar.

—Lo dicho: sin remision ha de ser prólogo de usted, ó no se dá al público la coleccioncita. Conque ¡á hilvalar en un instante cuatro parrallos de su cosecha, y en paz!

Y en efecto, amigos míos, prólogo hubo de ser, si á cuenta de tal se toman esas cuatro palabras. Pues discurriendo y cavilando cómo salir airosamente del lance, ocurrióme que de ningún modo mejor que contando á ustedes de pe á pa la susodicha historia, y calándosela luego bonitamente como montera ó calañés á la cabeza del presente libbrejo. Con lo cual tengo para mí se sale el bendito del autor con la suya, que era á todo trance lograr prologista; y sálgame yo con la mia, que no es otra que servir con lo poco que pueda á tan bien intencionado caballero. Y pues todo Prólogo suele tener por objeto dar idea del libro y presentarlo al público con una como carta de recomendacion, pudiendo perfectamente llenar este doble objeto el poquillo de conversacion casera que me he entretenido más arriba en transcribir, pareceme puedo ya considerar como terminada mi tarea y poner aquí, lectores amadísimos, punto final.

¡Bendiga Dios y agradezcan todos los buenos católicos los trabajos del modesto cuanto ilustrado y celoso propagandista, que tan bizarros ejemplos está dando á toda España, de cómo en este ramo del periodismo callejero se puede ejercitar hoy día el nunca bastante encarecido apostolado seglar!

F. S. y S.

Sabadell, mes de San José, 1885.

---

### SECCION LOCAL.

---

Nuestro Director D. Vicente Calatayud, ha recibido estos dias varias felicitaciones de Prelados españoles, por la publicacion de su opúsculo sobre la observancia de los dias festivos.

El dia 25 del corriente espira el plazo para firmar las oposiciones á la canongía Magistral vacante en esta Iglesia Colegial. Hasta la fecha parece que son dos los que han firmado dicha oposicion.

---

### CRONICA NACIONAL.

---

Su Santidad ha publicado una *Enciclica*, concediendo, durante este año, á todos los fieles de uno y otro sexo plenísima indulgencia de todos los pecados en forma de «Jubileo general», aplicable en sufragio de las almas del purgatorio.

Para ganar el Jubileo es necesario rogar por la prosperidad de la Iglesia católica y exaltacion de la apostólica sede, por la extirpacion de las heregías y conversión de los pecadores, por la concordia entre los príncipes cristianos y por la paz y union de todos los fieles, segun la intencion del Pontífice.

Los que viven fuera de Roma han de visitar dos veces tres templos, designados por los Obispos ó por los que ejercen la cura de almas; si en el pueblo hubiese sólo dos templos los visitarán tres veces, y seis veces si uno solo.

Ayunarán dos dias con abstinencia de carne.

«Después, prévia la buena confession de los pecados, tomarán la sagrada Eucaristía, y cada cual segun su facultad, consultándolo con el confesor, designa alguna obra piadosa que atañe á la propagacion y aumento de la fé católica.» Su Santidad indica dos: las escuelas privadas de niños y los seminarios diocesanos.

Siguiendo el ejemplo dado en otras ciudades, las Señoras que forman en Sevilla la Asociacion de San Vicente de Paúl y las Escuelas Católicas, han resuelto no hacer compras en las tiendas que abran sus puertas los domingos.

## CRONICA EXTRANJERA

### CONVERSION AL CATOLICISMO.

De los periódicos de Londres tomamos los siguientes datos relativos á la conversion al Catolicismo de una distinguida artista:

«Una ceremonia, tan interesante como conmovedora, ha tenido lugar el sábado pasado (19) en Londres en la iglesia de San Pedro y de San Eduardo. En dicho dia, la señora Bancroft, tan conocida en la sociedad inglesa, y reputada como una de las mejores actrices, abjuró de sus creencias ante el ministro católico Rvd. P. Forster. La neófita dirigia con su marido el teatro de *Haymarket*, y gracias á sus cualidades artísticas, y sobre todo á una reputacion sin mancha, unida á sus modales distinguidos, era recibida en la sociedad inglesa.

»La abjuracion de la señora Bancroft ha tenido lugar sin el menor aparato á presencia de su marido y de sus hermanos y de algunos invitados. Sólo las gradas del altar estaban adornadas con espléndidos tapices, regalo de la neófita.»

Otras varias conversiones anuncian los periódicos de Londres, aunque hasta ahora sin citar nombres propios.

### PREDICCIONES GENERALES

ó pronósticos para el año de 1886.

Este año será fértil y no faltarán aguas.

El invierno será pesado y muy frio.

La primavera será de vientos.

El verano húmedo y el calor no muy excesivo ni rigoroso.

El otoño en unas regiones seco y ventoso; y en otras, con muchas aguas.

En los meses de Octubre y Noviembre de este año fuertes temporales, advirtiéndolo mucho á los marineros y ribereños, que saldrán los rios fuera de madre.

Habrà abundancia de mantenimientos, pero se indica que estarán caros; la vendimia mucha y buena: de aceite miel y azafrán año abundante.

Reinará el mal de ojos, y morirán muchos niños de viruelas.

En el ganado menudo señálase mortandad; y se sentirán algunos temblores de tierra en diferentes reinos y paises.

Está anunciado para este año de 1886 que se levantará un gran hombre, así lo dice la profecía auténtica de un religioso napolitano muerto en olor de santidad, en la ciudad de Nápoles en el siglo xvii.

Convienen con estas predicciones y las corroboran las del astrólogo francés Mr. Samban de Nangue, que en sus profecias impresas en castellano, en la ciudad de Badajoz, este año de 1885, en la imprenta de la viuda de Arteaga, dicen así:

A primeros del año de 1886 habrá en toda la España, fuertes nubarrones con probalidades de fuertes vientos, ó lluvias excesivas con nie-

ves, grandes hielos, lo mismo en nuestra península que en toda Europa: son de temer las grandes crecidas de los rios, sucederá á esto un cambio notable que nos trae buenas primaverales, con un tiempo hermoso, templado y agradable particularmente en las provincias meridionales y orientales de España, anunciando grandes cosechas de granos de todas clases, y una muy grande de aceite y carestia de vinos.»

Y en el actual año de 1885 tambien presagiaba una gran cosecha de arroz, judías, lentejas, moniatos y patatas y pronostica lo que sigue:

«A fines de Diciembre de 1885 se presentará un cometa en forma de arco iris, pero con distintos colores, acompañado de estrellas de colores encendidos, figurando diademas, apareciendo por la parte de Levante en la costa de Africa, siendo visto por tres dias; esta será la señal infalible de una declaracion de guerra entre cuatro naciones; en la que tomará parte la nacion española, sabiendo colocar su pabellon á la altura que siempre lo ha hecho con el valor y heroicidad de sus hijos.»

Sed super omnia Deus.

Avila y Enero de 1885.—El Comendador Baron de Casa-Guijarro de Uzabal.

## CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En San Nicolás, á las ocho misa de renovacion, y á las nueve la conventual.

En Santa María, á las ocho y media, misa de renovacion.

Domingo.—En San Nicolás, á las nueve, misa conventual

Por la tarde, despues de coro, mesada con sermon.

En Santa Maria, á las ocho y media, tercia y misa conventual.

Jueves.—En las Capuchinas, á las siete de la mañana, misa de renovacion, y concluida se hará la reserva con bendicion del Santísimo. Por la tarde, á las cuatro y media, el santo Trisagio, estando de manifesto S. D. M.

---

### ANUNCIO.

CLASE de Análisis lógico-gramatical, preparatoria para oposiciones á escuelas de instruccion primaria.

La dará en su casa, calle Mayor 63, 2.º, D. Vicente Calatayud y Bonmatí, Catedrático en este Instituto Provincial.

Honorarios; 15 pesetas al mes: Clase diaria.